

todo conforme á las nobles exigencias de la moral y del bien sentir.

Obrando así la humanidad os será deudora de un beneficio inmenso: os considerará como ilustres mensajeros del bien y os coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.

HE DICHO.



DISCURSO

pronunciado por su autor el

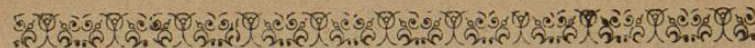
Sr. Pbro. D. Secundino Briceño,

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA,

en la solemne distribución de premios á los alumnos del Seminario Conciliar de León, la noche del día 27

de Agosto de 1897.





ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:



INDIO siempre la Ciencia tributo de adoración á la Divinidad; y el enlace de la idea religiosa y de la idea científica operó constantemente el engrandecimiento y progreso de las naciones. Al impulso de la idea civilizadora de Dios, pudo el pueblo hebreo en una edad muy temprana, en la cuna misma de la humana sociedad, alcanzar un alto grado de perfeccionamiento en gran número de artes que suponían, según la expresión del popular autor de la Historia Universal, una civilización en extremo adelantada. Una Filosofía que tan perfectamente armonizaba con las enseñanzas divinas, y que se nutría al favor de la comunicación familiar con Dios, no podía menos que ser indestructible: ella sin duda comunicó al espíritu humano una precocidad y fecundidad extraordinarias, que es imposible desconocer en la historia de los pueblos primitivos, sin menoscabo del sentido común. El espectáculo de la naturaleza, que ante el ingenio de aquellos hombres tan bien dispuestos para recibir las impresiones objetivas se

desplegaba, harto estimulaba el poder escudriñador de sus entendimientos para que pudieran adquirir un tesoro de conocimientos suficientemente vasto, que á los padres de la humanidad constituyese legítimamente doctores de la misma, preparándose de este modo una civilización, que transmitida por los Patriarcas al Egipto, difundiéndose á la vez por los pueblos de la raza semítica, atravesara el Mediterráneo, y llegara á la Academia, para que después en el Vaticano, depurada de los elementos extraños que en tan larga travesía de tiempos y lugares se le hubieran asociado, hubiera podido lucir al mundo como inextinguible y divino luminar.

Pitágoras, Homero, Platón, Licurgo y Solón fueron á buscar la sabiduría al Egipto, y si el hecho de que Moisés fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios, revela claramente la fama de la ilustración de aquel país, cierto es que el Patriarca Abraham había enseñado la Filosofía, en época anterior, á aquel pueblo niño. «Los órficos y pitagóricos civilizadores de las dos Grecias, dice el historiador mencionado, creyeron que no podían hacer cosa mejor que trasladar á sus asambleas las instituciones egipcias. Cécrope, fundador de la ciudad más ilustrada de Grecia, y á la que Europa se reconoce deudora de su saber, procedió de las orillas del Nilo.» La famosa inscripción del templo de Sais, á la vez que da un solemne mentís á los que pretenden que el Politeísmo fué la religión primitiva, no deja duda sobre la verdad de la unidad de Dios, que servía de fortísimo cimiento al edificio científico de que el país de los Faraones se envanece. El imperio de la China que con tan buenos auspicios comenzaba, asiento también de grande y admirable cultura; en el que la pintura y la música son tan antiguas, y en donde la seda, el barniz,

la pólvora, las armas de fuego y aun el imán, mucho antes se descubrieron que la Europa los conociese, poseía en sus principios las ideas más puras acerca de Dios y del hombre: ella registra en sus anales el nombre de Lao-tzeu (604 A. J) contemporáneo de Ezequiel, de Daniel y del filósofo Tales uno de los siete sabios de Grecia, que estudió la antigüedad, como otra multitud de sabios compatriotas suyos, para recordar á los sofistas las tradiciones de sus antepasados. En la Caldea, en la India, en todas partes encontramos el mismo culto, la misma adoración que el humano saber profesa al Sér Supremo.

Más, en ningún tiempo mostróse tan religiosa la humana sabiduría, como en aquella época por todos títulos famosa, que siempre reclamará la atención de las naciones civilizadas, ya se le mire como época de obscurantismo y de superstición, ó ya como luciente astro que brilla en el cielo de la Ciencia, con intensidad siempre constante: llámesela edad de hierro, ó bien denomínesela con el título de edad de oro: míresela como el período de indolencia científica, ó como aquel en que el espíritu humano remontóse atrevido á las más elevadas alturas á que llegar puede el entendimiento del hombre. La Edad Media hizo encarnar si así cabe decirlo, el espíritu religioso en la Ciencia, y alguno pudo decir, que toda ciencia era una especie de Teología. Hizo de las escuelas templos, y de los sabios sacerdotes; á su vez, el templo fué la escuela cristiana en donde se estudiaba á Cristo crucificado, y los sacerdotes fueron los doctores que custodiaban el depósito sagrado de la sabiduría, no ya con el egoísmo de los sacerdotes gentiles, manteniéndolo oculto dentro del Santuario; sino difundiéndolo en todo el mundo, urgidos como se creían con aquel precepto divino: «Vos estis lux mundi; docete omnes gentes.»

El vasallaje de la Ciencia á la Religión, aunque de suyo invariable, como que su estabilidad tiene fundamento en la verdad misma, pudo menoscabarse de parte de los hombres, como pudo perderse también la Ciencia misma. Efectivamente, dice el eruditísimo Cantù: Si paramos la atención en los egipcios, descubrimos cómo en sentido opuesto de la naturaleza de las invenciones, no hicieron más que olvidar lo que se sabía. Al reinado de Dios sobre las inteligencias se debe la primitiva civilización. Más el fuego de las pasiones levantó negro y espeso humo que el humano entendimiento ofuscaba; y el Dios uno, el Dios verdadero, no reinaba en la Ciencia con el primitivo esplendor.

Pero Jesucristo reconquistó y consolidó este reino, y resplandeció de nuevo la verdad. Y ciertamente, la Ciencia se regeneró en el Calvario con el reinado de Jesucristo; mas la eflorescencia cabal de este reinado áureo, dice un escritor, ó de la soberanía de Cristo sobre el orbe romano, fué sin disputa la Edad Media.

Empero, llega el momento en que la Edad Media es ridiculizada, escarnecida: sus sabios son tenidos por necios, sus doctrinas por delirios. Quiérese arrojar á Dios de su trono; las escuelas le desconocen; la Ciencia se emancipa: y no son ya las pasiones las que á esto estimulan, por más que ellas también ahora lo sean: es la inteligencia misma quien pretende atribuirse tamaños atentados.

En vista de todas las vicisitudes de la Ciencia, y muy en especial, de su escandalosa apostasía, cabe preguntar ¿Puede darse verdadero progreso científico sin Dios? ó ¿es rigurosamente cierta aquella sentencia de la Verdad: Sine me nihil potestis facere? Sin desconocer la infalibilidad de este oráculo, podemos resolver también la cuestión investigando si puede Dios ser racionalmente ex-

cluido de la Ciencia. Dejando pues la primera cuestión, analicemos únicamente el valor científico que tiene el hecho de arrojar á Dios de las Escuelas. Pongamos en claro el monstruoso absurdo que esto implica, haciendo ver: que no puede arrojarse á Dios de las Escuelas de la Ciencia en nombre de la Ciencia misma.

La verdad nunca varía, y las causas reales de los fenómenos han sido en el pasado las mismas que son hoy y serán siempre que la actividad de los agentes naturales se ejercite normalmente; sin embargo, la relación entre tales causas y sus propios efectos, no siendo muchas veces fácil de averiguar, ocúltanse aquellas más ó menos á la perspicacia intelectual, resultando de aquí apreciaciones inexactas que solo pueden rectificarse por medio de numerosas y precisas observaciones, no menos que por dificultosos racionios. Así es como los sistemas propuestos para la explicación de los fenómenos naturales, han debido sucederse unos á otros á proporción que se ha ensanchado más y más el campo de los conocimientos humanos; sea porque las primeras teorías han sido ya insuficientes para la explicación de nuevos hechos científicos, sea porque las posteriores dan razón de una manera más satisfactoria, de los mismos fenómenos ya observados.

Ahora bien, lo que ha pasado con las teorías del calor, de la luz, del magnetismo etc., ha debido también suceder con la teoría de Dios, como creo poder expresarme en el sentido de nuestros sabios ateos; cuando ya se juzgó que no era necesario suponer á Dios para explicar el sistema del mundo, y el desarrollo de las causas naturales, se debió desechar la teoría de la causa primera. Preguntemos ¿cuál es la asombrosa teoría que se sustituye á la idea de Dios? ¿Cuál es la fórmula que ha demostrado á nuestros profundos matemáticos que Dios no se ne-

cesita, que Dios es una quimera? Ningún género de análisis ha podido ofrecer el medio de encontrar esta ecuación: Dios=0. Tal fórmula, si la hubiese, hubiera dado á su inventor más gloria que la que dieron á Newton, Delambre, Taylor y Maclaurin las fórmulas encontradas por ellos, y que tanta importancia tienen en las ciencias matemáticas. Este hubiera sido el eureka más glorioso de los últimos siglos, y la fecha del invento y el nombre del inventor serían repetidos por el gran coro de los sabios, resonando sin perderse al través de todas las futuras generaciones. Imaginar esa fórmula es más ridículo que la fórmula ó ecuación de los mundos imaginada por Laplace, «que comprendiera los movimientos de los cuerpos más grandes del universo, y los del átomo más ligero, el porvenir lo mismo que el pasado,» si el ilustre geómetra quiso incluir en su atrevida ecuación, aun los actos que proceden de la libertad. Por medio de esa fórmula, dice el célebre Boys Raymond «se podría saber el día en que Inglaterra quemara su último pedazo de hulla; y haciendo en ella $t = -\infty$ se manifestaría el misterioso estado originario de las cosas; y haciendo crecer á t positivamente y hasta lo infinito, se sabría si un espacio de tiempo finito ó infinito, nos separa todavía de ese estado de inmovilidad helada con el cual el teorema de Carnot amenaza el universo.»

Mas antes de pasar al examen de la hipótesis con que se ha pretendido substituir la idea de Dios, os diré lo que, á mi humilde juicio, pudo ocasionar el que nuestros sabios ateos hubieran tenido por fantástica la doctrina acerca de Dios, y es el descrédito en que incurrieron los sabios de la Edad Media, por razón de las teorías que propusieron para explicar los fenómenos naturales. He aquí lo que puede justificar esta aserción. Dice uno de nuestros célebres físicos contemporáneos, Amadeo Guillemin:

«No descendamos á más detalles sobre la historia de la aurora boreal en la antigüedad y en la Edad Media: pues los relatos de sus apariciones que nos han dejado los autores, suelen estar mezclados con fábulas y descripciones fantásticas, que la credulidad supersticiosa de los observadores les hacía imaginar, de buena fe sin duda, pero que por esto mismo, no tienen gran interés científico. Después de pocas líneas prosigue diciendo: «La observación imparcial y serena iba substituyendo poco á poco las ilusiones de la credulidad. *La Ciencia se enseñoreaba del terreno de lo sobrenatural.*»

¿Veis lo que pudo ocasionar en este gran sabio la profunda convicción de que lo sobrenatural se iba desvaneciendo hasta quedar absorbido por la Ciencia que se enseñoreaba de sus dominios? Las supersticiosas teorías con que los sabios de las pasadas edades pretendieron explicar el fenómeno de las auroras boreales. ¿La realidad de lo sobrenatural, y por consiguiente, la realidad de Dios, está vinculada á los errores de los hombres acerca de los fenómenos físicos? No, señores, si lo sobrenatural existe, nunca podrá la Ciencia enseñorearse de su terreno; y si no existe, nunca podrá poseer ninguno; por razón de que lo real ni se menoscaba por los errores que se cometan en su conocimiento, ni medra con la rectitud de los juicios intelectuales que acerca de ello se formulen, y lo que no tiene realidad no puede recibirla del acto mismo que la presupone; si lo sobrenatural no tiene realidad, no puede recibirla del acto intelectual que la finge, y si la tiene, no puede perderla por el acto que la niega: nada tiene pues, qué temer el orden real de que sus dominios sean invadidos por el orden del conocimiento. Si algún Físico, quisiera atribuir la superposición de los líquidos en un orden de densidades decrecientes de abajo á arriba, á atracciones

ó repulsiones eléctricas de tales líquidos entre sí y por el vaso, seguros podemos estar, de que ni la gravedad se angustiaría, temiendo algún día quedar sin acción si continuaban las ocurrencias peregrinas de los sabios, ni la electricidad se envanecería, engreida de haber adquirido nuevos dominios, y con esperanza de que los hombres le llegaran á conquistar el dominio de todo el universo.

Aun admitiendo que la suerte de Dios y delo sobrenatural, fuera la que le hicieran correr la pericia ó impericia de los sabios; si los antiguos fueron tan infelices discurriendo sobre las causas físicas naturales; ¿lo fueron también discurriendo acerca de la causa primera? Nó, sin duda contestará todo el que sabe que verdades de órdenes diferentes exigen diferentes procedimientos cognoscitivos, diferentes medios de comprobación. Nó, contestará todo el que sabe que es imposible encontrar á Dios como resultado de un análisis químico. Ni habrá que esperar que los experimentos nos reproduzcan á Dios á voluntad, cuantas veces quisiéramos servirnos de los aparatos convenientes.

Desgraciadamente no piensan así nuestros adversarios, quienes pretenden no rendirse á ningún argumento metafísico, y solo tienen por incontrovertibles los que suministran las Matemáticas, la Física, la Química, ó alguna de las ciencias que el sistema positivista hace figurar en el cuadro de los conocimientos humanos.

Pues bien, merced á la observación y á los experimentos, han podido rectificarse las antiguas teorías propuestas acerca de la naturaleza de los agentes físicos, recibiendo las nuevas teorías, un grado más ó menos suficiente de comprobación, obtenido por medio de más precisas observaciones y repetidos experimentos. Adóptase la teoría que M. De la Rive propone para la explicación de las auroras

polares, y esta teoría es comprobada por el mismo sabio, por medio de un ingeniosísimo aparato que reproduce el fenómeno de las auroras en sus principales circunstancias. Nada parece, queda que desear: el experimento parece decisivo, y las teorías antiguas sobre las auroras boreales son ya insuficientes para dar razón de ellas. La teoría de la emisión no obstante que contaba con la aprobación de eminentes sabios entre los cuales figuraba el gran Newton, no parecía ya á propósito para dar una explicación satisfactoria á la nueva serie de fenómenos luminosos, que el sabio Boloñes Padre Grimaldi expuso y explicó por primera vez en el año de 1665, bajo el nombre de fenómenos de difracción, no obstante que á los estudios de este gran físico, hubo que añadir las nuevas observaciones de Newton, quien procuró explicar semejantes fenómenos, por la desviación que los cuerpos opacos causan á los rayos de luz. Fraunhofer, Yonug y últimamente Fresnel, acabaron de descubrir sus leyes, y el tercero las fundó con feliz éxito en la teoría de las ondulaciones. Igual cosa sucedió con el principio de las interferencias luminosas, explicado también con gran éxito por Fresnel, y comprobado por el famoso experimento de los dos espejos. Las experiencias de Foucault parecen no dejar duda acerca del movimiento giratorio de nuestro planeta, hecho sensible aun á la vista por el giróscopo; más, cuál es el experimento decisivo que ha venido á rectificar los errores cometidos en las viejas teorías de Dios? no lo hay ni lo habrá jamás, y el aparato que sirviera para demostrar la superfluidad del Ser Supremo sería tan famoso como la fórmula que arriba buscábamos.

La Historia calla, y la ciencia que desconoce á Dios carece de argumentos positivos del género de aquellos que tanto afecta estimar. ¡Ah! ¡sí por lo